



Henri Ravell, *Sin título*, ca. 1900. Cortesía col. Throckmorton Fine Art, Inc., Nueva York

Antropólogos y agrónomos viajeros. Una aproximación

Ignacio Gutiérrez Ruvalcaba

Durante los años del Porfiriato la fotografía alcanzaría su mayoría de edad en México. Periodo éste en que se consolidaría el género del retrato tanto en los estudios fotográficos de las ciudades, como en el ejercido por fotógrafos trashumantes en el medio rural. El costumbrismo y el paisaje tendrían su gran momento el cual oscilaría entre la visión pintoresca, la búsqueda de lo exótico y el genuino interés por lo cotidiano.

En este mismo periodo, las sociedades indígenas de finales del siglo XIX y de la primera década del XX se caracterizarían por su marginación social. El deseo profundo del Estado por transformarlas e incorporarlas a la cultura nacional y hacer de sus tierras unidades de producción —con propietarios extranjeros— conformarían las directrices políticas y las acciones sobre este sector que ocupaba un porcentaje muy alto de los habitantes de la nación. En 1893 el *Diario Oficial* declaraba en un estudio estadístico sobre la población que ésta se encontraba constituida por 11 395 712 habitantes, de los cuales 19 por ciento eran de origen europeo, el 43 por ciento mestizos y el 38 por ciento restante indígenas.¹

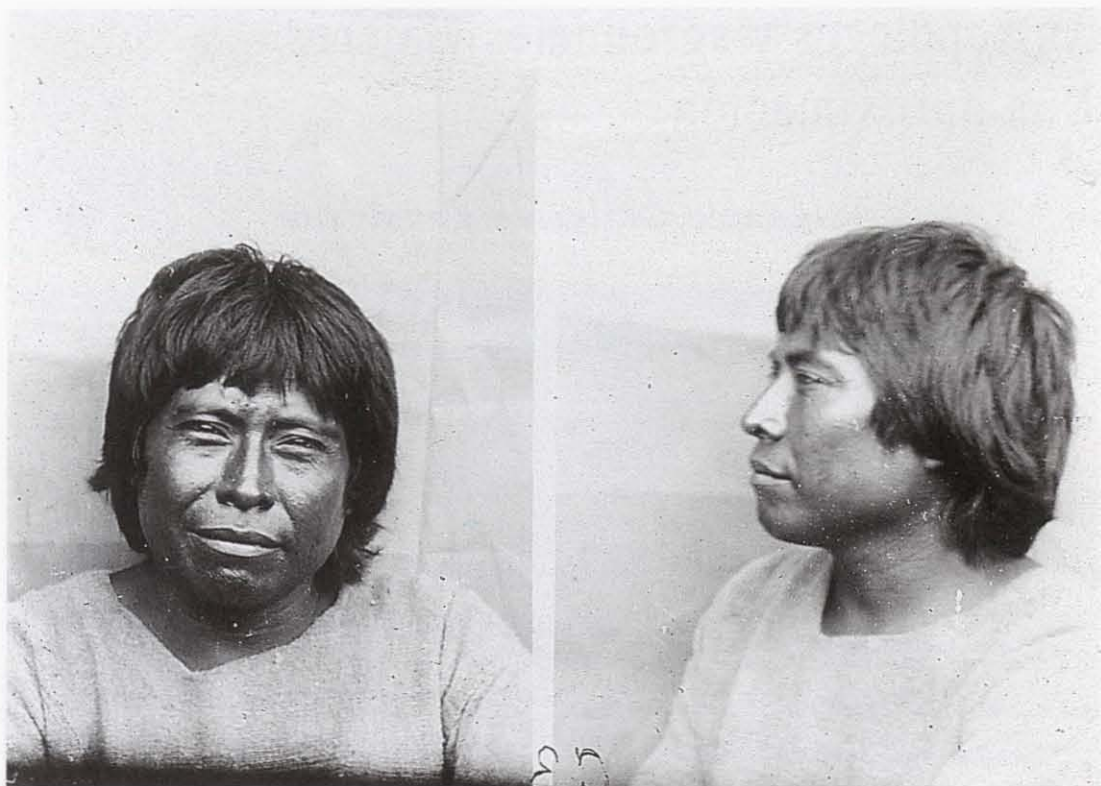
Durante estos años, el indígena del norte y el maya en el sur se caracterizan por su constante rebeldía y poca docilidad en defensa de sus tierras y cultura. Las incursiones de los apaches, las políticas de pacificación del indio yaqui, así como la guerra de castas de Yucatán, ocupan espacios en los periódicos y preocupan de manera directa al presidente quien, en informes ante el congreso, señala los recursos dirigidos al denominado “problema indígena”. Informa sobre los resultados de los enfrentamientos y las consecuencias sociales en los territorios que son teatro de los sucesos, así como las políticas emprendidas en los mismos.²

En Yucatán la guerra concluye en 1902 y el problema con los yaquis se prolonga a lo largo de la primera década del siglo XX de manera intermitente; hasta que el propio movimiento armado de la Revolución Mexicana la absorbe como parte de sus motivaciones locales.

El indígena “pacífico”, esto es, el indígena campesino que habita en gran cantidad de comunidades en las montañas del centro del país, así como el indige-



Anónimo, *Mujer nahua junto a Bedros Tatarian*, 1897-98. Sinafo-INAH, núm. de inv. 350900



Léon Diguët, *Cora de la sierra de Nayarit*, 1896-1898. Col. Musée de l'homme, Paris (cortesía Artes de México)

na urbano, satisfacen las necesidades de servicio de las ciudades como vendedores ambulantes, aguadores, carboneros, artesanos, etcétera. Ante los ojos del mestizo y de los descendientes de europeos, ellos son la encarnación del fanatismo religioso, malos trabajadores y depositarios del atraso económico de las actividades rurales de la nación.³

Pese a todo esto, algunos estudiosos mostraban interés por comprender la diversidad social y étnica del país motivados por la búsqueda de soluciones al atraso. Su curiosidad se inscribía en el contexto de las nacientes ciencias antropológicas que, muy lentamente, comenzaban a influir desde Europa al medio académico mexicano.

Dentro de este interés por la cultura, por parte de los mexicanistas de la época, la fotografía toma un lugar. Ciertamente el uso de este medio de registro se inició en México desde el mismo año en que se dio a conocer el daguerrotipo, en 1839; ya que Emanuel

von Friedrichsthal hizo una serie de tomas de detalles arquitectónicos de Uxmal, Chichén Itzá e Izamal.⁴ El registro arquitectónico de ruinas prehispánicas fue lo que, durante muchos años, más preocupó a los mexicanistas nacionales y extranjeros durante la segunda mitad del siglo XIX.⁵

Las sociedades indígenas vivas del momento eran poco estudiadas, en tanto México era un territorio pluriétnico y multilingüístico donde rebeliones, guerras de castas y la incompreensión política de los liberales y conservadores a este sector social, influían en el quehacer científico del momento.

Con la formación de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística —el 28 de abril de 1851— y la aparición de su boletín como medio de difusión, el estudio del mundo indígena tiene apenas una pequeña atención.⁶ Por iniciativa de esta sociedad se emprenden viajes de estudio donde la geografía física y humana se consideran a la par. Son de destacar los

estudios emprendidos por Fernando Aldherre, Santiago Méndez y Antonio García Cubas; José Guadalupe Romero y José Francisco Velasco, por el uso de la fotografía en el registro de los tipos físicos en el medio natural y por las fechas en que lo realizan (entre 1860–1870).

Pese a estos antecedentes, es indudable que el momento en el que el interés por el conocimiento sobre los aspectos sociales, materiales y culturales de las sociedades indígenas se consolida, conforme a las propias ciencias antropológicas, es cuando logra establecer sus métodos e intereses particulares. Es durante el Porfiriato en México, y a nivel internacional, cuando la antropología se fortalece con el impulso que se da a las ciencias a raíz del positivismo.

Otro acontecimiento que incide en la atención por conocer la sociedad indígena viva, es la conmemoración de los 400 años del descubrimiento de América. En 1892 se organiza en España una gran exposición y el gobierno de Díaz comisiona a Francisco del Paso y Troncoso el arreglo de la participación de la delegación mexicana. Se envían cerca de 600 fotografías de indígenas y mestizos que se convierten en el primer mapa etnográfico hecho a partir de la imagen.⁷ Sin embargo, la trascendencia de este evento queda sólo en un público muy reducido y fue hasta la celebración del XI Congreso de Americanistas —el primero en celebrarse en un país latinoamericano en 1895— que se realiza una nueva exposición en el Museo Nacional; con un impacto mayor en el país debido a la promoción que se hace de éste en la prensa.



Pedro Guerra, *Familia maya*, ca. 1892. Sinaloa-INAH, núm. de inv. 351008

Ello da lugar a la constitución del primer Departamento de Antropología en el Museo.

La participación de la fotografía en el evento fue grande ya que contó con un total de 1 645 imágenes, de las cuales 478 se refieren a los tipos físicos; y algunos aspectos culturales de los nahuas, pimas, pápagos, yaquis, tarahumaras, coras, huicholes, tarascos, zoques, totonacos, mixtecos, zapotecos, mayas, choles, lacandones, tzotziles, tzeltales, chichimecas y mestizos, entre otros.⁸ Las 1 167 fotografías restantes son registros referentes a aspectos de la cultura material como herramientas, tejidos y utensilios; así como animales, plantas, diversos elementos naturales como formaciones rocosas y panorámicas de comunidades y rancherías.⁹

Es en este marco que Carl Lumholtz, León Diguét, Frederick Starr, Karl Kaerger, Fortunato Hernández, Ricardo E. Cicero y Konrad T. Preuss emprenden una serie de viajes de investigación —entre los años de 1890 y 1910— con distintos grupos indígenas y componentes sociales en diversas regiones del país; en ellos la práctica fotográfica jugó un papel importante.

Algunos de estos investigadores hacen la propia labor fotográfica y otros emprenden su trabajo junto a fotógrafos experimentados, como C.H. Taylor que acompañó en su segundo viaje a Lumholtz; Bedros Tatarian, Charles B. Lang y Louis Grabic acompañaron a Starr; y Rafael García a los señores Hernández y Cicero.

Carl Lumholtz es quizás el más conocido. Realizó un total de seis viajes de investigación financiados por el Museo Americano de Historia Natural de la ciudad de Nueva York; estudios que fundamentalmente se centraron en los indígenas del noroeste mexicano, entre tarahumaras, tepehuanos, coras, huicholes, pápagos, cocopas y yaquis. Los tarascos y nahuas también fueron objeto de estudio etnográfico durante sus viajes, sin olvidar su interés por las relaciones interétnicas; estudios que se van a repetir en los demás viajeros.¹⁰

El trabajo fotográfico de Lumholtz refleja la tendencia de los investigadores que habían tenido contacto con Franz Boas y sus ideas. Boas planteaba la

perspectiva del “estudio integral”: la descripción etnográfica, la antropología física, la arqueología, la geografía física, etcétera. Por este motivo las fotografías tienen un repertorio temático amplio donde se encuentran sitios arqueológicos, cerámica, campos de cultivo, casas habitación, tipos físicos, danzas, paisajes, plantas, formaciones rocosas, etcétera.



León Diguét, *Joven pareja huichol*, 1896-1898. Col. Musée de l'homme, Paris (cortesía Artes de México)

Durante sus viajes, Lumholtz llevó como equipo una cámara fotográfica de formato 8 X 10 pulgadas que, por el resultado en sus negativos, es claro que le costó trabajo aprender su uso; aunque conforme fueron pasando los viajes, la pericia la fue adquiriendo. En la

travesía en que contó con los servicios del ingeniero C.H. Taylor, se realizaron placas del mismo formato para las tomas de los sitios arqueológicos de la sierra de Chihuahua; así como para algunas imágenes de los poblados y retratos de grupo de tarahumaras y mestizos.¹¹

Lumholtz divulgó sus imágenes en numerosas publicaciones; sin embargo, *El México desconocido* es su obra más destacada y resulta interesante observar que ésta se escribió a partir de sus notas y, en especial, de la información contenida en las imágenes fotográficas y dibujos que constituyen la columna vertebral del escrito.

León Diguét fue un investigador que también compartió la visión del “estudio integral”. Él llegó a México como químico industrial, contratado por la casa Rothschild de París, para trabajar en la compañía minera de El Boleo, en Santa Rosalía, Baja California Sur.¹²

Su gusto por la etnografía y la historia los adquirió durante su estancia en México, y su formación profesional en las ciencias naturales explica su atracción por la botánica, la zoología y la geología. Esta diversidad de intereses los aplica en las investigaciones que emprende por el país, en un total de seis viajes que van de 1893 a 1913, patrocinadas por el Ministerio de Instrucción Pública de Francia.¹³

Si bien su trabajo más sólido es el estudio de los huicholes que realiza entre 1896 y 1898 —casi coincidiendo en su estancia con Lumholtz—, son innovadoras sus investigaciones de carácter etnobotánico. También hay que señalar sus estudios etnohistóricos en los que la indagación etnográfica es fundamental para la comprensión del pasado.

Para Diguét la fotografía es un apoyo metodológico en el registro del dato; y como tal la incluyó en



Carl Lumholtz, *Tarascos*, ca. 1898. D.R. © Museo Americano de Historia Natural de Nueva York, Fototeca INI

muchos de sus trabajos. Por otra parte expuso sus imágenes con el objetivo no sólo de divulgar un mundo diferente al francés, sino con la conciencia de que lo exótico atraería el interés de los patrocinadores.

La fotografía de Diguét aborda el retrato de los tipos físicos de los cochimíes, yaquis, coras, huicholes, nahuas, tepehuas, otomíes y mestizos. Registra flora y fauna, sitios arqueológicos, pinturas rupestres, cerámica, cestería y tejidos, en un proceder metodológico semejante al de Lumholtz. Son relevantes sus imágenes sobre industrias tradicionales, donde fotografía procesos completos del tejido de fibras, la explotación de los agaves y la elaboración de instrumentos musicales. Diguét procedió técnicamente con una cámara de formato de 4 X 5 pulgadas, y en menor cantidad hizo fotografías con una cámara de 8 X 10 pulgadas. La primera le permitió un proceso técnico más fácil pues sus dimensiones le facilitaban la operación.¹⁴



Frederick Starr (y Bedros Tatarian), *Poblado de Chichahuastla*, Oaxaca, 1897-98. Sinafo-INAH, núm. de inv. 430979

Frederick Starr en un inicio centra sus investigaciones en la antropología física y decide trabajar en un área que se extiende entre el centro y sureste de México y que consideró necesaria por la falta de estudios, ya que el noroeste indígena del país lo estudiaba Lumholtz.¹⁵ Las etnias visitadas por Starr fueron, entre otras, las de las otomías, tarascos, nahuas, mixtecos, triquis, zapotecos, tzeltales y choles. Para ello contó con el apoyo de la Universidad de Chicago y el Museo Nacional de México.

El trabajo lo realizó en cinco jornadas que van de diciembre de 1895 a marzo de 1901. La primera la hizo solo y no la consideró como propiamente un viaje de investigación, sino más bien una exploración primaria para definir el plan de trabajo de las subsecuentes.¹⁶ En la segunda, entre 1897 y 1898, lo acompañó el fotógrafo Bedros Tatarian; en la tercera, de 1899, contó con el fotógrafo Charles B. Lang y en las dos de 1900 y 1901, el fotógrafo es Louis Grabic.¹⁷

Pese a que Starr señala sistemáticamente que el objeto de su estudio son los tipos físicos, la labor de sus fotógrafos va más allá, ya que los tres registran medios naturales, poblados, industrias tradicionales, tejidos, cerámica, arquitectura vernácula, procedimientos de construcción de casas y caminos, así como las labores de la tierra. Hay un particular cuidado en el registro de piezas arqueológicas que se conservan en las casas, e incluso se fotografía un mapa colonial de la comunidad oaxaqueña de Huilotepec.¹⁸

Es claro que este proceder fotográfico lo orquesta el propio Starr y queda plasmado en su *Ethnographic Album*, en el que se incluyen imágenes de Tatarian y Lang. La organización editorial inicia con la presentación de las etnias visitadas, a partir de la ubicación de las poblaciones en su contexto natural, su urbanística y habitación, para luego mostrar las actividades artesanales o distintivas de cada una de las comunidades; termina con una serie de retratos en los que se evidencian los rasgos físicos.



Frederick Starr (y Bedros Tatarian), *Mujer huave*, Oaxaca, 1897-98. Sinafo-INAH, núm. de inv. 430878-79

Starr es el único de los viajeros, hasta ahora mencionados, que deja claro el proceder fotográfico al establecer que: “Fueron tomadas de 50 a 60 fotografías en cada tribu. Las fotografías fueron de cuatro clases: retratos de 5 X 7 pulgadas, vistas cada persona de frente y de perfil. Negativos 5 X 8 pulgadas de cuerpo entero mostrando sus trajes, vida diaria y costumbres. Negativos de 8 X 10 pulgadas mostrando vistas.”¹⁹

Karl Kaerger fue un agrónomo enviado a América Latina por encargo del gobierno imperial de Alemania, entre 1899 y 1900. Su tarea consistía en realizar un conjunto de estudios de las potencialidades agrícolas, y de cultivo de productos tropicales de alta comercialización, que las condiciones de cada país brindara, con el objeto de constituir programas de inversión y enviar colonos alemanes.

La investigación se inició en Argentina y continuó por Chile, Perú y Ecuador, para concluirse en México. Se destacaban los rendimientos, los costos de

producción, las vías de acceso para la comercialización; y especialmente, las características de la mano de obra y la infraestructura en cada país y región para las empresas agrícolas y ganaderas. Sobre México se describen las actividades agropecuarias destinadas a la exportación, así como el abasto interno. Kaerger se interesa por el henequén, el cacao, el tabaco, el café, la vainilla, el caucho, la cochinilla, el añil y el algodón. El estudio del azúcar lo hace tomando en cuenta la producción por estados productores y lo mismo ocurre con cereales como el trigo, la cebada, el maíz y el arroz. Concluye su estudio con la ganadería nortea.²⁰

Durante su viaje Kaerger llevó consigo una cámara fotográfica de formato 4 X 5 pulgadas con la que registró campos de cultivo, ranchos, caminos, haciendas; procesos productivos como el del henequén, el tabaco y la vainilla; medios de transporte, almacenamiento, etcétera. Lo más sobresaliente en



Rafael García, *Grupo de indios ocoronís*, 1903. Sinafo-INAH, núm. de inv. 431004

sus imágenes son los retratos de trabajadores, donde se mezclan mestizos e indígenas en sitios de labor o en horas de descanso. Sus fotos fueron únicamente apoyo para sus notas, ya que nunca se han publicado y, probablemente, fueron usadas por el gobierno alemán para el informe realizado por el agrónomo.²¹

En 1903 el Museo Americano de Historia Natural de Nueva York encomendó a los investigadores mexicanos Fortunato Hernández y Ricardo E. Cicero, un trabajo etnográfico sobre fiestas y cultura material de los indios mayos-ocoronís; localizados éstos en Sinaloa y muy cercanos a las conflictivas tierras de Sonora, durante los años de la guerra con los yaquis. El resultado fue un pequeño artículo acompañado de diez fotografías realizadas por Rafael García, donde es notable la frescura de las imágenes que sólo se pudo lograr por la estrecha vinculación de los investigadores y el fotógrafo con la comunidad de El Fuerte.

Las fotografías se refieren a la vida cotidiana, los rituales de Semana Santa, las actividades agropecuarias y la cultura material. Rafael García logra, también, retratos de niños, jóvenes, adultos y ancia-

nos e imágenes sobre las actividades comerciales con los mestizos. Utilizó para ello una cámara de formato 5 X 7 pulgadas.²²

Por su parte Karl Preuss hace una investigación etnográfica entre indios coras y huicholes para indagar los rituales en una porción de la sierra del Nayar, que Lumholtz calificó como habitada por indios aculturados o mexicanizados. Preuss consideró esto como determinante para sus investigaciones y encontró a unos indígenas con una cultura muy sólida.

Preuss viajó con una cámara de formato 4 X 5 pulgadas para tener mayores facilidades en la operación fotográfica. Además de retratar tipos físicos, también hizo un registro muy amplio de danzas, espacios rituales y de elaboración de las jicaras decoradas con chaquiras, donde precisamente identificó lo que él denominó la aztequización de los coras y huicholes.²³

Se puede concluir que estos viajeros centraron sus intereses en el medio rural mexicano fundamentalmente por lo diverso y complejo de su composi-

ción; el uso de la fotografía fue parte esencial de su trabajo como recurso metodológico y un registro testimonial por lo que, ante todo, la imagen es considerada como el registro del dato antes que como una propuesta estética. Es importante mencionar que la mayor parte de las consideraciones vertidas en los

escritos de estos científicos, evidencian la situación miserable de los indígenas. Ellos están convencidos de la necesidad de incorporarlos a un proyecto de nación que los haga salir de su atraso, lo que les parecía lamentable.



Rafael García, Ocoroni, 1903. Sinafo-INAH, núm. de inv. 431005

¹Diario Oficial, México, 21 de octubre de 1893, p. 12.

²Para la localización de la presencia indígena en la prensa capitalina del siglo XIX véase Antonio Escobar Ohmstede y Teresa Rojas Rabiela (coords.), *La presencia del indígena en el periodismo mexicano del siglo XIX*, México, CIESAS/INI, 1992-1993.

³*El Siglo XIX*, México, 17 de febrero de 1891.

⁴Lina Oldena Güemes, "La fotografía" en *La antropología en México*, t. 6, Carlos García Mora (coord.), México, INAH, (*Panorama histórico*), 1988.

⁵Para una aproximación histórica sobre esto véase: Lina Oldeana Güemes, *op. cit.*; Samuel Villela F., "La antropología visual y la antropología mexicana" en *Antropológicas*, núm. 5, nueva época, 1993, pp. 14-25; y de él mismo "La recuperación del pasado en imágenes" en *Arqueología Mexicana*, Vol. 2, núm. 7, Abril-Mayo de 1994, pp. 74-79.

⁶Julio César Olivé Negrete y Augusto Ortega Castro Puzo (coord.), *Una historia*, México, INAH, 1988.

⁷Georgina Rodríguez, "Miradas sin redención", en *Luna córnea*, núm. 13, México, septiembre-diciembre de 1997, p. 27.

⁸Alfonso L. Herrera y Ricardo E. Cicero, *Catálogo de la colección de Antropología del Museo Nacional*, México, Imprenta del Museo Nacional, 1895.

⁹De Alfonso L. Herrera véase, entre otros, el *Catálogo de la colección de reptiles y batracios del Museo Nacional*, México, Imprenta del Museo Nacional, 1895.

¹⁰Jesús Jáuregui y Mario R. Vázquez, *Carl Lumholtz. Montañas, duendes, adivinos...*, México, INI, (Raíces), 1996.

¹¹Carl Lumholtz, *Unknown Mexico*, vol. 1, Nueva York, Charles Scribner's Sons, 1904.

¹²Jesús Jáuregui, "La antropología de Diguët sobre el occidente de México" en *Por tierras occidentales: entre sierras y barrancas*, México, CEMCA-INI, 1992.

¹³Jean Meyer (pról.), *Fotografías del Nayar y de California, 1893-1900*, México, CEMCA-INI, 1991.

¹⁴En el Museo del Hombre de Paris existe registrada la colección León Diguët con 86 placas; esta misma institución resguarda otras 423 placas de Diguët repartidas en diversas colecciones.

¹⁵Frederick Starr, *En el México indio. Un relato de viaje y trabajo*, México, Conaculta, (Mirada viajera), 1995, p. 27. En la versión original en inglés el libro incluye 154 fotografías donde casi no hay retratos y si un énfasis por la imagen de la cotidianidad rural, véase Frederick Starr, *In Indian Mexico, a narrative of travel and labor*, Chicago, Forbes & Company, 1908.

¹⁶Frederick Starr, *Indians of Southern Mexico: An Ethnographic Album*, Chicago, 1899, p. 7.

¹⁷Frederick Starr, *En el México indio. op. cit.*, pp. 29-30.

¹⁸*Ibidem*, pp. 301-302.

¹⁹Frederick Starr, *Indians of Southern Mexico: An Ethnographic Album*, *op. cit.*, p. 7.

²⁰Karl Kaerger, *Landwirtschaft und Kolonisation im Spanischen Amerika*, Leipzig, Verlag von Duncker & Humboldt, 1901. La sección mexicana se reeditó en Teresa Rojas Rabiela y Roberto Melville (eds), *Agricultura y colonización en México en 1900*, México, Universidad Autónoma de Chapingo-CIESAS, 1986.

²¹El acervo referente a México consta de un poco más de cinco mil negativos de vidrio y se conservan en la Biblioteca Iberoamericana de Berlín.

²²Fortunato Hernández y Ricardo E. Cicero, "The Ocoronis Indians" en *Memoirs of the American Museum of Natural History*, T. III, núm. 3, Nueva York, 1903, pp. 234-243.

²³El acervo de Konrad Theodor Preuss consta de 1 230 placas de cristal que se localizan en la Biblioteca Iberoamericana de Berlín. La obra principal del investigador es *Die Religion der Cora*, Leipzig, B.G Teubner, 1912.